Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 17

SAN JOSÉ, COSTA RICA **1924** LUNES 21 DE ENERO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El mensaje de Lloyd George

De las tres grandes figuras de la guerra, la de Lloyd George es la única sobreviviente. Caídos y esperando la muerte, el uno en su retiro de inválido, el otro en su retiro de anciano, Wilson y Clemenceau, Lloyd George, que fué asimismo el que más tardara en desaparecer del escenario después de la victoria, es el único de la gran trilogía de supremos directores en cuyas manos estuvieron los destinos del mundo durante la catástrofe, que permanece en pie y proyecta su silueta en el horizonte. El y Clemenceau tienen sobre Wilson el superior y fascinador prestigio de haber sido actores en el campo mismo de los acontecimientos, de haber visto la gigantesca lucha y oído su terrorífico acento, de haber dirigido a sus pueblos en el centro de la colosal conflagración y de haberlos conducido a la victoria a través de sus llanuras, de sus gritos, de su ruido, de sus muertos, de su sangre, de su estremecimiento, de su dolor y de su pavor. El es de los héroes de la guerra y de la paz, uno de los tres supremos héroes intelectuales del mundo en la contienda más portentosa de los siglos, uno de los tres formidables guías de la humanidad en la noche de terror y de abismos en que el pasado personificado en los tronos, las dinastías, los imperios y las monarquías de derecho divino y de poder absoluto, consumaron su más feroz, su más colosal y deliberado asalto a la civilización de la libertad, de la igualdad y de la democracia.



LLOYD GEORGE

Es pues natural que en los Estados Unidos se viera como un acontecimiento el viaje de Lloyd George a estas tierras inglesas del continente americano, el continente inglés del Nuevo Mundo. Es natural la universal curiosidad por conocerlo y escucharlo. Es natural la emoción con que se le esperaba en todas partes. Es natural la ansiosa expectación que el anuncio de su

(Pasa a la página siguiente).

Deberes de cultura

Por los niños y los sabios

...No reclaman para determinada clase, sino para cuantos padecen hambre en Alemania; pero ya se sabe que entre las mayores víctimas de la desorganización social que aflige a este país se cuentan los llamados intelectuales, catedráticos, escritores, artistas, que hoy forman el verdadero proletariado. El obrero manual se defiende mucho mejor en el caos dominante, porque sus servicios son más útiles y necesarios.

El hambre de los intelectuales impone un doble deber: el de socorrerlos como hombres y como clase social, porque su desaparición como tal clase trasciende de nuestros sentimientos puramente personales y afecta a nuestros intereses humanos. Una clase intelectual como la alemana necesita siglos para formarse. Todos sabemos por experiencia histórica—España es un buen ejemplo de ello—que un buen profesorado y un buen cuerpo de creadores científicos y artísticos es lo menos improvisable del mundo. No basta la aptitud individual. Tales bienes son elaboraciones históricas, lentas, trabajosas, en que colaboran de consuno el genio del hombre y los estímulos de la sociedad y el Estado. Una cultura tiene una gestación laboriosa; pero si se extingue por una catástrofe histórica, será luego muy difícil, si no imposible, restaurarla. Y su pérdida no sólo daña al pueblo donde se destruye, sino a todos los pueblos que se nutrían de sus tesoros espirituales.

Y bien: en el complejo fenómeno de la cultura contemporánea. ¿quién negará que la sección alemana es una de las más ricas e indispensables? Roto ese anillo, la gran cadena cultural se caería en pedazos. Inglaterra podrá ser mejor maestra en política, y Francia en determinadas artes, y Rusia en algunos géneros literarios; pero en eso que los propios alemanes llaman ciencias del espíritu o especulativas, y en ciencias experimentales y aplicadas y en las artes de la organización, ¿quién que esté al tanto de las últimas conquistas del pensamiento y de la investigación empírica no debe algo a Alemania? No caigamos en el fetichismo culturista de los que creen que un profesor vale por miles de vidas analfabetas, o de los que sustuvieron durante la guerra que su cultura le daba a Alemania el derecho de haber pro-

vocado ese desastre, precisamente para meter por la sangre en las entrañas del mundo su filosofía y su ciencia; pero tampoco caigamos en el fetichismo penalista de los que pretenden que por haber cometido Alemania ese crimen debe ser destruída como organización política, social y pensante. Ni lo uno ni lo otro. Impónganseles los castigos de reparación necesarios; pero sálvesela como órgano precioso de cultura y civilización.

LUIS ARAQUISTAIN.

(*La Voz*, Madrid).

Un ilustre camarada, un fraternal amigo, Luis Araquistain, ha recibido un patético llamamiento de la Künstlerhilfe, Asociación austriaca, presidida por Leonardo Frank, en favor de los alemanes hambrientos, y Araquistain nos recuerda a todos el deber y espolea directa y nominalmente para que lo cumplan a la Sociedad de Autores, a la Cámara del Libro, a la Asociación de Escritores y Artistas, al P. E. N. Club y al empresario el Eslava y a cuantos organismos literarios y artísticos hay en España.

...Y el poeta alemán Max Barthel nos convence, nos persuade de que debemos socorrer, y nos arranca una lágrima:

El buen *viejo Dios* nos ha abandonado...

¡Quién hubiera predicho al orgullo alemán de 1914 que nos habríamos de ver obligados a pedir auxilio para nuestros hijos al llamado *enemigo!*

¡Quién hubiera predicho a la *Kultur* que sus universidades se habrían de despoblar primero y luego de cerrar por falta de medios!

Pecamos demasiado de orgullo, y por eso es dura la expiación.

* *

El buen *viejo Dios* nos ha abandonado....

El kronprinz, sin embargo, vuelve a tiempo para ver los funerales de la república de noviembre.

«¿Trae pan el kronprinz, para esos fieles alemanes?», se han preguntado muchos hambrientos. Lo que importa hoy es el pan. Quienquiera lo traiga, la masa lo acepta: lo acepta de Rusia y lo aceptaría de Francia. Sin embargo, nosotros pedimos otro pan.

* *

Nosotros, que no pecamos de orgullo, que derribamos al Káiser, que estuvimos contra la guerra, que queremos una verdadera paz, nosotros pedimos a los hermanos de todos los países, a los que más se nos asemejan, no una limosna, sino una ayuda fraternal.

¡Hermanos, auxilio!

Salvad a la nueva Alemania, a la Alemania del trabajo y de la inteligencia. Impedid que vuelva la vieja Alemania; cortad el paso a la barbarie.

Sí, hay que salvar a la nueva Alemania; pero Alemania, para salvarse y para ser salvada, tiene que huir del príncipe cretino, del soldado fanfarrón y de la alimaña nacionalista.

...A los niños alemanes, irresponsables de todo lo malo que cae sobre su nación y sobre sus cabecitas, se les debe socorro; a los intelectuales (sabios, artistas, catedráticos, maestros, etc., etc., etc.), también; pero éstos no son ya, como los niños, irresponsables. Tomen, pero escuchen.

Y de lo que de estos intelectuales decimos pueden aplicárselo los de otros países, los de todos los países.

El intelectual dedicado a la enseñanza, y todos, aunque no sean profe sores, educan y enseñan, sobre todo cuando abren las cátedras del Ateneo al pueblo y cuando escriben en los periódicos, como el verdadero maestro Unamuno, es culpable de haber educado a varias generaciones de alemanes en la sumisión y en la disciplina a un tontiloco.

El *intelectual* peca por egoísmo cuando se muestra ajeno a los dolores de su pueblo, cuando se encierra en la consabida torre de marfil, y a esta clase de intelectuales hay que socorrerlos, pero advirtiéndoles del daño que se hicieron al hacérselo a los demás. Sienten dolores de cabeza en la barriga.

Otros intelectuales hay que se prestan a ser bufones de tiranos y tiranuelos, urdiendo para ellos teorías que califican petulantemente de sabias y novísimas, y que sirven para traer el hambre sobre los pueblos. No hay tirano sin un seudosabio que le adule a cambio de mercedes y que simule ilustrarlo en concepto de técnico. A estos tales, que son los renegados de la libertad, de la democracia y de la justicia, los condenaríamos impasibles a morirse de hambre si hubiéramos estudiado en sus aulas.

El hombre de ciencia que inventa o aplica lo por otros inventado a crear o perfeccionar máquinas de guerra, como zeppelines, submarinos, gases asfixiantes, también merece morirse de hambre y carecer hasta de aceite para su lámpara.

No comeré a manteles en el P. E. N. Club, y hasta me quitaré el cigarro de la boca, para socorrer como pueda y con lo que pueda a los alemanes, niños y hombres, obreros e intelectuales; pero aprendan los pavos reales y los grajos de otras naciones del hambre alemana. El hombre de ciencia ha de ser amante exclusivo de la verdad. No ha de adular al poderoso con mentiras falsamente científicas, ni ha de utilizar su intelectualismo como tela inconsútil que le preserve del fuego de la solidaridad humana.

ROBERTO CASTROVIDO

(*La Voz*, Madrid).

El mensaje de Lloyd George...

(*Viene de la página anterior*).

visita despertó en los pueblos comprendidos en el itinerario de su peregrinación. ¿Quién no quería verlo. ¿Quién no quería oirlo? Poblaciones enteras se agolpaban a las estaciones del tránsito donde se detendría el tren que lo llevaba. En Cleveland, veinticinco mil personas acudieron a escuchar su discurso, sin embargo de que habrían podido leerlo por dos centavos en los periódicos inmediatamente después. En Nueva York, donde su excursión principió y terminó, hubo cincuenta solicitudes para cada asiento del Teatro Metropolitano de la Opera, y hubo que establecer aparatos amplificadores y conexiones radiográficas con el Parque Central para que allí escucharan su postrera peroración quince mil personas más, todo lo que podía contener la alameda del parque.

Bajo estas extraordinarias circunstancias, tratándose de un hombre extraordinario, que debe su celebridad a su relación con los acontecimientos más extraordinarios de la historia, la personalidad dominante de la política internacional europea después del armisticio hasta 1922, es también muy natural el interés en saber y examinar lo que dijo Lloyd George en su marcha triunfal de un mes a través del Canadá y los Estados Unidos. Lloyd George traía un mensaje, el mensaje de Lloyd George para los pueblos ingleses de este lado del Océano cuyo concurso fué decisivo en la Gran Guerra.

¿Qué dice el mensaje de Lloyd George?

En síntesis, de la profusa corriente de su palabra podemos sacar en limpio que su mensaje para el Canadá es que este dominio inglés debe aprestarse a cumplir sus nuevas responsabilidades en los asuntos del mundo derivadas de su participación en la Gran Guerra; y para los Estados Unidos, que la voz divina que los llamó a la guerra para salvar a Europa, los está llamando hoy mismo para salvar la paz y la civilización del mundo por una inteligencia o alianza no escrita con Inglaterra.

Canadá envió cuatrocientos mil hombres a Europa. La victoria no se

habría alcanzado sin su cooperación. La de otros dominios ingleses fué igualmente esencial. Todos ellos tienen hoy el derecho y el deber de concurrir a la decisión de las grandes cuestiones internacionales, es decir, de tomar parte directa y activa con Inglaterra en el gobierno del mundo.

Por interés común, y por misión que Dios les ha confiado, los Estados Unidos deben abandonar su aislamiento y regresar a Europa, asociados a Inglaterra, entendidos con Inglaterra para obrar de consuno en la solución de los problemas de la paz.

Canadá (y se supone que todas las colonias inglesas que firmaron la paz) recibió su certificado de nacionalidad con la firma del Tratado de Versalles, que es así su partida de nacimiento como nación. La guerra reveló y consolidó el hecho fundamental y trascendental de la unidad del Imperio Británico, una verdadera liga de naciones, la sola verdadera liga de naciones existente. Si al Imperio Británico así constituido, una concatenación de naciones esparcidas en todos los continentes pero formando una sola entidad, una sola nación, el Imperio, uno en la paz y en la guerra, se agrega la unión con los Estados Unidos, en realidad una alianza de todos los pueblos de habla inglesa, se tendría una fuerza irresistible en el mantenimiento de la paz y la permanencia de la civilización.

«Estoy convencido de que el porvenir de la civilización depende de que estas dos banderas (la americana y la británica) floten juntas en camaradería...» «Un entente cordial con América en interés de la paz». «Se habría llegado a la extinción de la guerra si los Estados Unidos y Gran Bretaña se unieran en un pacto para acabar con la guerra». «No una alianza sino un compromiso no escrito de estar juntas en el sostenimiento de la paz. Ninguna combinación en el mundo podría resistir tal acuerdo». «¿Cuál es el remedio? Dad a Europa la convicción de la supremacía del derecho sobre la fuerza. ¿Quién podrá hacer ésta? Sólo hay dos países sobre la tierra que pueden establecer esta convicción, los Estados Unidos de América y el Imperio Británico. A menos que esto se haga yo no sé lo que va a suceder... La misión de guardián de la civilización no viene de los reyes, ni de los gobernantes o príncipes, ni de los senados, parlamentos o consejos. Viene de lo alto. Cuando viene, no viene de la elección del pueblo; viene de la voluntad de Dios. Esa misión, esa misión es vuestra y nuestra hoy. La escena es divina. Vosotros respondisteis al mensaje invisible en 1917 y nosotros lo habríamos hecho ya. Pero la misión no está cumplida. La obra está a medio hacer. Si no es consumada completamente, la civilización sucumbirá en esta generación bajo una catástrofe como el mundo no ha presenciado jamás. Pero si vosotros aquí, este poderoso pueblo, y nuestro pueblo en todo el Imperio Británico, resueltamente, firmemente, valerosamente, obedecen al mensaje, no tengo entonces temor, sino que la humanidad ascenderá a mayores actitudes de nobleza, de seguridad, de felicidad...»

Tal es el mensaje de Lloyd George, el más grande estadista británico de la guerra y de estos tiempos; en realidad un mensaje político, un mensaje del egoísmo y de la ambición de dominio y de imperio de una raza acostumbrada a la supremacía cuyo sueño fué siempre la supremacía de su poder en el gobierno del mundo.

El viaje de Lloyd George es, pues, un viaje político como su mensaje. El propósito de su predicación en este viaje ha sido la unificación de la raza anglo-sajona en una alianza de todos sus pueblos para la conquista del predominio político universal, la hegemonía de la raza anglo-sajona, la raza anglo-sajona convertida por la fuerza centuplicada de la unión de todos sus pueblos en una grande alianza, en árbitro supremo de los destinos del mundo.

Despojado de la sonora y seductora mentira de las palabras, visto en sí mismo, desnudo, en su concreta realidad, es claro como la luz del día que el designio del mensaje del Lloyd George a la América inglesa, es la sumisión del mundo a un despotismo, la subordinación del mundo al predominio de una raza que se cree superior a todas las razas y es llamada por uno de sus apóstoles a afirmar de este modo su superioridad sobre todas las razas que pueblan la tierra. Y todo esto, por supuesto, para salvar la justicia, el derecho, la paz, la civilización, condenadas irremisiblemente a una catástrofe sin precedente si la raza inglesa, el nuevo pueblo elegido de Dios, no asume la dirección suprema de los asuntos humanos.

Lloyd George expresó sin embargo más de una vez en las peroraciones de su propaganda política británica en América, su alarma de liberal y de demócrata por las derrotas sufridas por la democracia en Europa después de la guerra, que se hizo sin embargo por el triunfo de la democracia. Rusia, Alemania, Italia, España, habían caído bajo la dictadura. Había gran peligro de que la democracia padeciera nuevos quebrantos en el continente. Una tendencia hostil a la democracia se notaba en todas partes. Y la fórmula que ofrece sin embargo para la conjuración de este peligro, es un despotismo, el despotismo de la raza anglo-sajona.

El problema en Europa, dijo en el último discurso de la serie, es la fe en la fuerza. ¿Cómo sustituir esta fe por la fe en el derecho? Su remedio es el que hemos visto, la alianza de todas las grandes potencias de habla inglesa, el Imperio Británico y los Estados Unidos. ¿Con qué objeto? Pues es claro, con la mira de formar un total de fuerza que abrume todas las otras unidades existentes de fuerza y se imponga a todas. Porque, ¿en qué otra cosa que en la fuerza podría fundarse el predominio que es la finalidad de esta alianza? ¿Cómo podrían resolver las dos grandes potencias unidas los problemas actuales de Europa, por ejemplo, los problemas que parecen insolubles, como el de las reparaciones, sino imponiendo su voluntad, y cómo podrían imponer su voluntad a Francia y Bélgica e Italia sino por la amenaza y la opresión de la fuerza?

La paz de Lloyd George, la paz del mensaje de Lloyd George, la paz británica, la paz del predominio de la raza anglo-sajona en el mundo, la paz impuesta por los Estados Unidos e Inglaterra, los dos grandes imperios de habla inglesa, sería así una paz odiosa, la odiosa paz del despotismo, del más odioso despotismo quizá, porque es el despotismo de una raza, contra el cual se coaligarían al cabo todas las naciones del mundo para una nueva guerra de libertad como en 1914.

Desde las primeras palabras que pronunció en Londres ya próximo a partir, pudo presentirse cuál sería el objeto de su viaje. Por las vísperas se conocen los disantos. Desde entonces su lenguaje fué constantemente de adulación a los Estados Unidos. A este lenguaje hizo después contraste en el curso de su peregrinación, su propaganda de denigración de Francia. Con los Estados Unidos, un cor-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

tesano. Con Francia, un adversario innoble y torpe. Este pueblo de los Estados Unidos ama a Francia. Es sin duda el único pueblo europeo que vive en el corazón de los Estados Unidos. Lloyd George no respetó este sentimiento, sin duda con la creencia de que podría con la magia de su persona y de su elocuencia debilitar y quizá destruir la posición de Francia en el afecto, la adhesión y la admiración del pueblo americano. De su error lo sacaron pronto las voces de protesta, altas voces que se elevaron denunciando los agravios de Lloyd George a la nación francesa y advirtiéndole que no se equivocara en la interpretación de las manifestaciones públicas en interés y en honor de su persona, que no imaginara nunca que tales manifestaciones significaban aprobación de su propaganda contra Francia, sino que eran tributos al hombre de la guerra, al Primer Ministro de la Gran Bretaña en los terribles días de la catástrofe.

Los Estados Unidos eran el milagro del oeste, el pueblo que estaba reconstruyendo las esperanzas de la humanidad, dijo en Londres antes de embarcarse. Después, ya en este lado, ¿qué elogio, qué alabanza, qué encomio, qué ditirambo no entonaron sus labios en exaltación de los méritos, cualidades, virtudes, portentos y maravillas de los Estados Unidos? Visitas, con tributos de flores, a la tumba de Lincoln, a la tumba de Roosevelt, a la tumba de Harding, tenían el mismo fin de halago nacional. La recorrida de los campos de batalla de la guerra civil, el vivo interés en todas las cosas y memorias de aquel drama histórico, el mismo fin la inspiraba. Preparado así el terreno, lanzó sus dos grandes concepciones—la alianza de los dos imperios y la resurrección de la proposición de Hughes en diciembre pasado, cuando a la hora nona intentó impedir la ocupación del Ruhr surgiendo la idea de una comisión de expertos para la investigación de la capacidad de Alemania para pagar.

El viaje y el mensaje de Lloyd George no son en realidad de verdad sino síntomas de los profundos y trascendentales cambios que la guerra y el curso posterior de los acontecimientos han operado y continuarán operando en Europa y en el mundo. En estos cambios está también la razón de la creciente escisión entre Inglaterra y Francia. La antigua situación de equilibrio de las fuerzas en el continente, que daba a Inglaterra por su posición insular y por su poder naval, la facultad de ejercer una influencia decisiva en las cuestiones internacionales de Europa, ha desaparecido, dejando a Francia suprema en el continente, suprema en el sentido no de imponer arbitrariamente su voluntad, sino de resistir la imposición extranjera. Si alguien ha de decir la última palabra en las cuestiones de Europa, no es ya Inglaterra quien podrá decirla. La ocupación del Ruhr es el hecho que ha puesto de manifiesto el cambio efectuado en el orden de cosas en Europa. Inglaterra ha perdido además la supremacía marítima; y la superioridad que conserva sobre Francia en el mar, está contrarrestada, y aún quizá superada, por la superioridad de Francia en el aire.

¿Qué hacer en esta situación? ¿Cómo recuperar el predominio político y restablecer el equilibrio en Europa? Pues una alianza con los Estados Unidos. El primer efecto de esta alianza sería librar a Alemania de las garras de Francia, imponiendo a ésta la solución angloamericana del problema de las reparaciones, en lo cual tiene Inglaterra el más grande interés político, pues una Alemania rediviva en su prosperidad y en su poder, minus la escuadra por supuesto, sería un contrapeso para Francia, se neutralizarían mutuamente, y Gran Bretaña volvería a su libertad de acción y su preponderancia anteriores a la guerra.

El anhelo de infundir en las grandes colonias el sentimiento de nacionalidad y de persuadirlas de que deben tomar parte activa en la decisión de las cuestiones europeas como miembros constitutivos del Imperio Británico, están patentizando la inquietud de Inglaterra en su nueva e imprevista situación en Europa, y la necesidad que tiene de auxilio y de refuerzo en esta situación. No hay duda de que el mensaje de Lloyd George, sin ser oficial ni resultar de un previo acuerdo con el Gobierno inglés, encierra toda la política británica, cualquiera que sea el partido en el poder. Los obstáculos en el camino de esta política son sin embargo, a nuestro juicio, insuperables; y no tenemos la menor duda de que en la alianza preconizada por Lloyd George como el arca de la civilización en el actual diluvio, la política inglesa sueña un sueño quimérico.

La preservación de la paz y de la civilización no es ni puede ser la obra de una raza, o de un imperio, o de una alianza de imperios. Esta fué la locura de la Santa Alianza y la lección parece no haber sido aprendida a estas horas. Ningún pueblo puede ser investido con tal misión. Esta fué la locura del pueblo hebreo, el creerse elegido, el pueblo de Dios, y la lección parece no haber sido aprendida después de más de veinte siglos. No. Dios no hace esas cosas, Dios no hace las cosas así, Dios no puede haber elegido a la raza anglo-sajona para la misión de mantener la paz y la civilización en el mundo. No. Eso es una locura. Eso es una impostura, o una sofistería retórica. Eso es más propio del Kaiser alemán y del pueblo alemán antes de 1914, que de un representante de la cultura y del espíritu de Inglaterra. Esa es la clase de locura que produjo la guerra. Alemania, la Alemania de los Hohenzollerns y del ejército, se creía con una misión y se dispuso a cumplirla. Todos los pueblos que en la historia se han creído con una misión semejante, han confiado su cumplimiento a la espada. Las misiones divinas y la guerra, la guerra sangrienta, encarnizada, feroz, son inseparables en la historia. Ningún pueblo, no importa cuán poderoso; ninguna raza, no importa cuán superior, tiene fuerzas bastantes en sí mismo para la misión de garantizar la paz y la civilización del mundo. Esta es una misión superior a las fuerzas de cualquier pueblo. Esta es la misión de todos los pueblos juntos, cooperando de concierto en la suprema tarea. El mundo lo sabe; y porque lo sabe, ha ensayado y está ensayando en la Liga de las Naciones un medio de fundar y perpetuar la paz de la justicia, del derecho y de la razón, por el concurso organizado, persistente y sistemático de todas las naciones de la tierra. Si este ensayo fracasa, el espíritu humano ensayará otros medios, pero todos los medios concebibles se inspirarán en el principio fundamental de la solidaridad humana, de la igualdad de las naciones, de la cooperación de todos los pueblos en la empresa común de mantener el reinado de la justicia, del derecho, de la razón, de la paz y de la civilización en este mundo, que no es patrimonio de ninguna raza, ni de ningún imperio, ni de ninguna combinación de imperios, sino del género humano.

JACINTO LÓPEZ.

Nueva York.

(La Reforma Social, Nueva York--Habana).

Hostos, filósofo moralista

EUGENIO María de Hostos (1839-1903) es uno de los más austeros y aun seductores apóstoles contemporáneos de moral social y de moral individual. Echa las bases de una ciencia nueva: la moral social, rama de la sociología, y cuyo objeto no es otro que la aplicación de leyes morales—que él descubre—a la producción y conservación del bien social.

Grande y generoso optimista, cree Hostos en el progreso del hombre hacia el ideal del bien, y trata de acelerar ese progreso. El hombre se elevará por el desarrollo del espíritu, por el aumento de la conciencia, hasta llegar a penetrarse de la esencia del mundo, que no está por encima del conocimiento humano.

De ahí su afán redentorista por medio de la instrucción, a la que consagró tan fecundos y trascendentales esfuerzos. De ahí que este hombre augural, portador de buenas nuevas al espíritu, descubra y enseñe cómo «el problema de la moral consiste en hacer que el hombre de esta civilización sea tan digno y tan bueno, tan racional y tan consciente, como de la íntima correlación de la razón con la conciencia y de la conciencia con el bien, resulta que debe ser y puede hoy ser».

La moral de Hostos carece de sanción ultraterrena. ¿Por qué? Porque Hostos imagina: «Ni la razón ni la conciencia necesitan para la práctica del deber y para la busca reflexiva del bien de otros estímulos que la excelsa dignidad del bien y del deber». Debemos esclavizarnos a la moral, no por el menguado utilitarismo de Franklin, sino por una superior y desinteresada conveniencia. En su *Tratado de Sociología* indica el maestro que las muchedumbres son incapaces de comprender que los fines religiosos y morales son fines de bien social, y que, por tanto, «son dependientes, estrictamente dependientes, de la moral y de los fines morales de la vida humana».

Carece también la moral de Hostos de fundamento metafísico: es de orden natural. «La moral—dice—no se funda más que en realidades naturales, y no se nos impone ni gobierna la conciencia, sino en cuanto sus preceptos se fundan en realidades naturales».

Para comprender esto bien es necesario descubrir la esencia íntima de la moral hostosiana, que se basa en una armónica relación preexistente entre el hombre y la Naturaleza, de la cual es parte integrante.

Descubrimos un orden de la Naturaleza, euritmia u orden natural, que la conciencia humana es capaz de comprender y comprende. Ahora bien: «La sociedad es un aspecto de la Naturaleza»; luego es de orden natural, y como el hombre es componente de la sociedad, no puede salirse tampoco de ese orden: existe, pues, una relación de la sociedad con el hombre y del hombre con la Naturaleza.

Esas relaciones se rigen: una, por la moral individual; otra, por la moral social. Pero el universo moral, como conexo con el hombre, que es producto de la Naturaleza, resulta de orden natural y obedece a leyes naturales. «Estamos ligados por nuestro organismo corporal—dice Hostos—con la naturaleza, de que es parte, y de ese vínculo natural entre todo y parte se derivan las relaciones de la moral natural. Nos relaciona de un modo más inmaterial con nuestros organismos intelectivo, volitivo y afectivo la que llamamss naturaleza moral o humana, y en todas las relaciones de ese orden se funda la moral individual...»

De una serie de relaciones con la naturaleza social nace la moral social.

Pero social, individual o natural, esta moral humana es un acorde del concierto cósmico.

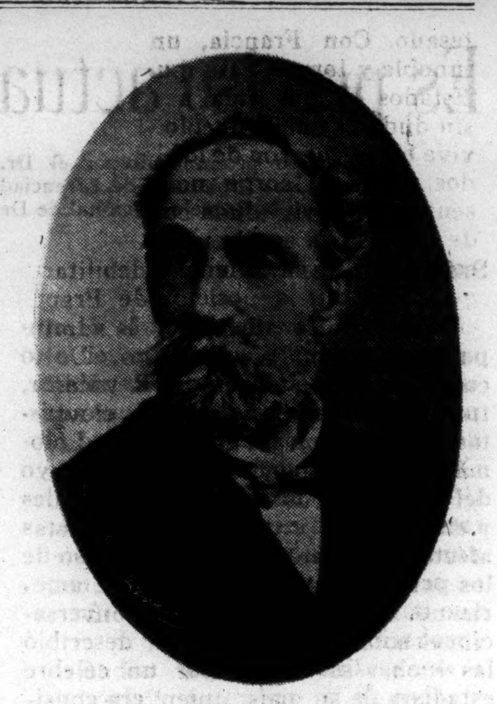
La moral, es decir, la armonía, el orden del ser consciente, está dentro de la Naturaleza, y obedece a leyes naturales, como la armonía del cosmos, de la que es correlativa.

El cumplimiento del deber le parece al moralista americano una nota estética, y por ello grata en sí y de delicioso cumplimiento. Considera el deber como una deducción espontánea de cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social. Existe para el hombre un deber máximo: el deber de los deberes, que «consiste en cumplirlos todos, cualquiera que sea su carácter, cualquiera el momento en que se presente a activar nuestros impulsos, o a despertar nuestra pereza, o a convencer nuestra razón, o a pedir su fallo a la conciencia».

* *

Tan alto y tan noble resplandece el apóstol de esta doctrina, tan desligado del polvo se cierne en los espacios abiertos su generoso espíritu, que esa misma nobleza inigualable y esa misma altitud inalcanzable son el mayor reparo que pudiera oponerse a la ética hostosiana.

Esta ética, en efecto, parece concebida para un mundo mejor, para un mundo de humanidad más fácilmente perfectible. Pero el hombre que conocemos, desde el cavernícola hasta Platón, ha necesitado siempre para la busca del bien y el cumplimiento del deber de estímulos más eficaces que la exclusiva dignidad del deber y del bien.



EUGENIO MARÍA DE HOSTOS

El hombre no es bueno ni acaso lo sea nunca: lo confirma la Historia.

La barbarie desencadenada en Europa con motivo de la guerra de 1914, los asesinatos en masa, la destrucción de catedrales, el incendio de bibliotecas, el empeño de unos pueblos en destruir naciones enteras y aniquilar razas íntegras, porque estas razas y estas naciones demoran más allá de un río o de una montaña, o porque hablan en tal o cual lengua, o adoran a tal o cual dios, o comercian por tantos o cuantos miles; todas las crueldades inútiles y sistemáticas que han quitado a Europa el derecho de llamar bárbaro a ningún pueblo contemporáneo prueban que ni la Filosofía, ni la Ciencia, ni el Arte, ni largos paréntesis de cultura pacífica logran desterrar por completo la parte bestial que hay en el hombre. A la primera ocasión propicia la bestia resurge triunfante y feroz.

El hombre no es bueno ni acaso lo sea nunca: lo confirma la Ciencia.

El biólogo Ramón y Cajal, apoyándose en Weisman, expone recientemente que «ninguna de las adaptaciones culturales y sociales del hombre se ha trasmitido todavía a las células germinales ni adquirido, por lo tanto, carácter hereditario». El célebre biólogo arriba a muy pesimista conclusión: «Por imposición fatal de la inercia nerviosa, nuestros descendientes serán tan perversos como nosotros... Nadie ha logrado suprimir o corregir nada de esas células nerviosas, portadoras de instintos crueles, legado de la más remota animalidad y creados durante períodos geológicos de rudo batallar contra la vida ajena...»

R. BLANCO FOMBONA.

(*El Sol*, Madrid).

Es preciso actualizar el porvenir

[Discurso pronunciado por el Dr. **Eusebio A. Morales** en el acto de distribuir los Diplomas de Licenciados, en la noche del **28** de noviembre de **1923**, en la Escuela Nacional de Derecho de Panamá].

Señoras y caballeros:

Hace algunos años cuando desempeñaba yo en Washington el alto cargo de Ministro de la República, tuve la oportunidad de cultivar amistad estrecha con un distinguido diplomático argentino, amante como yo del estudio de las cuestiones sociales y económicas, y del modo como éstas afectan el desarrollo y el progreso de los países nuevos del continente americano. En una de nuestras conversaciones sobre esos temas me describió las luchas sostenidas por un célebre estadista de su país, quien era considerado como extravagante y visionario por los elementos conservadores de su tiempo, que se espantaban con las cosas nuevas, y sobre todo, con lo que a juicio de ellos se apartaba de los carriles ordinarios de la vida en comunidades apacibles y quietas; pero las ideas de aquel hombre genial prevalecieron, y a ellas se debe en gran parte la elevación asombrosa del pueblo argentino. Una frase usada por él y convertida en máxima política de incontestable sabiduría ha quedado profundamente grabada en mi memoria. En nuestros países nuevos de América, solía decir Sarmiento, en estas o semejantes palabras, *es preciso actualizar el porvenir*.

¡Actualizar el porvenir! ¡Qué expresión tan profunda y tan significativa! ¡Crear ahora, con un esfuerzo titánico de la mente o del brazo dirigido por una voluntad inflexible y previsora lo que habría de existir probablemente en el curso de una centuria; anticipar el progreso que se oculta en las vaguedades del porvenir; hacer que los hombres de hoy puedan gozar de la felicidad de que en otro caso habrían de disfrutar solamente sus descendientes remotísimos! He ahí una concepción tan noble, tan generosa y tan humana que debería ser inscrita como lema en los escudos de todas las naciones del orbe.

Muchas veces he meditado sobre la aplicación de ese gran principio a países que conozco, y al contemplar el cuadro de nuestra transformación nacional en el corto período de veinte años, he venido a convencerme de que aquí hemos estado aplicándolo y cumpliéndolo instintivamente: hemos estado *actualizando el porvenir*. ¿Quién que se transporte con la imaginación al Panamá de hace veinticinco años no se asombra al compararlo con el Panamá de hoy? ¿Cómo sería posible no admitir que al desarrollar nuestra enseñanza pública hasta el grado en que se encuentra, al fundar instituciones como ésta, madre intelectual de nuestros hijos y orgullo de nuestra patria, hemos volado hacia el porvenir no menos de medio siglo? ¿Cómo sería posible negar el progreso extraordinario realizado en las artes comunes de la vida, en las industrias, en las instituciones que garantizan la propiedad y la seguridad de los asociados, en la legislación, en la sanidad, en todo?

Creo sinceramente que no ha habido nunca en la historia humana ejemplo de un pueblo que como el panameño, haya ascendido tan alto en su cultura y en su desarrollo en el breve espacio de veinte años!

Es seguro que entre los adversarios sinceros del estadista argentino hubo quienes argumentaran que el progreso es algo que marcha por su propio impulso, medido, pausado, sereno y al mismo tiempo irresistible, y que precipitarlo artificialmente es erróneo y es inútil. A esa escuela pertenecen los que sostienen que no se deben construir ferrocarriles ni caminos sino cuando haya producción suficiente para alimentarlos, y los que abogan por la quietud como fuente perenne de felicidad social; pero la experiencia ha demostrado el error de esas ideas, y la ciencia con sus conquistas y sus progresos acumulados con pasmosa rapidez, ha venido revelándonos que la acción de las leyes naturales puede ser acelerada con maravillosos resultados en todos los órdenes de la creación. Un millón de años empleó el predecesor remoto de nuestro caballo de hoy para perder el resto de uno de sus cinco dedos primitivos y transformarse en otra especie; y dos millones de años más para efectuar ésta la retardación completa del segundo y del cuarto dedos: es así como obran por sí mismas y por sí solas las leyes naturales. Pero el hombre toma a su cargo la dirección del proceso biológico, elige animales y plantas, los aisla, los hace reproducir en formas diversas, combina caracteres, repite sus ensayos, y por fin alcanza la creación de tipos nuevos que aparecen en obediencia al plan concebido por la mente del sabio. De la vaca ordinaria que apenas produce leche para alimentar incompletamente a su ternero, surge el tipo de la vaca lechera que podría mantener diez o quince hijos; del toro bravío, ágil, musculoso y fuerte, surge el tipo del animal para el matadero, corpulento, pesado, abundante en carnes y de osamenta ligera. Burbank, llamado el mago del mundo vegetal, ha creado plantas nuevas, combinando otras hasta el punto de hacerlas producir frutos distintos de calidades superiores a los de cada una de las plantas progenitoras, y ha transformado también de ese modo el mundo de las flores. Los sabios no se han resuelto a esperar que las cosas sucedan como producto del acaso o del tiempo; ellos han acelerado los procesos naturales, han *actualizado el porvenir!*

Y así también se aceleran los procesos sociales. Si durante los últimos veinte años los panameños no se hubieran empeñado en acelerar el curso de su historia actualizando el porvenir, y hubieran pensado más bien en perpetuar su pasado, muy lejos estaríamos de hallarnos en esta reunión tan selecta, en medio de un grupo de Profesores nacionales que le hace honor a cualquier país avanzado de la tierra, rodeados de millares de alumnos que vienen aquí, en número siempre creciente, a beber en las fuentes del saber: ni nos encontraríamos en esta gran Aula expresamente concebida y levantada para servir de campo a los torneos hermosos del pensamiento: ni podríamos presenciar el acto solemne de conferir un grado universitario a jóvenes que lo han conquistado con su inteligencia y con su esfuerzo perseverante.

Este espectáculo es verdaderamente inspirador y él debe servirnos de estímulo para seguir luchando con fé por alcanzar triunfos y conquistas nuevas en campos inexplorados todavía que requieren la consagración entusiasta del educador, del filósofo, del sabio y del estadista.

Nuestra Escuela de Derecho es y debe ser uno de los factores más importantes en esa labor intensa y grandiosa. Voy a explicar mi pensamiento.

La profesión del Abogado, restringida a la defensa de criminales y de pleitos civiles, ha sido en todos los tiempos objeto de acerbas críticas; pero sucede con ella lo que con todas las profesiones liberales y es que muchos que las adoptan no las comprenden ni las aprecian, y las emplean sólo como un medio de adquirir fortuna con buenas o con malas artes. También hay Médicos depravados que le prestan su ciencia al crimen, Ingenieros a quienes no puede confiárseles ningún trabajo que demande honradez, Profesores que pervierten a sus discípulos, y en general, profesionales que faltan a los deberes morales de su oficio. Si existen como han existido siempre, abogados que violan los principios y reglas éticas de su profesión, ello no

depende de que sean abogados, sino de que son hombres desprovistos de sentimientos de honor, de rectitud y de generosidad. Pero el Abogado que tiene idea cabal de sus deberes y un concepto elevado del papel que debe desempeñar en la sociedad; que tiene, en suma, una noción perfecta del honor y una capacidad completa para el servicio desinteresado y generoso, no puede ser nunca una amenaza social, sino más bien un freno para los abusos más poderosos, un baluarte para el inocente y para el débil, un defensor celoso del derecho y de la justicia. Este ha sido el concepto justo del abogado íntegro. Recorriendo la historia de las instituciones jurídicas que han florecido en épocas remotas y de las cuales solo poseemos hoy fragmentos dispersos, hallamos la abogacía como una profesión digna, ennoblecida por las leyes y las costumbres. Job en una de sus parábolas, cuando recuerda las épocas felices en qué disfrutaba del favor de Dios y de la admiración de los hombres, nos refiere cómo se presentaba a la plaza pública a defender gratuitamente a los huérfanos, a las viudas y a todos los menesterosos, y termina diciendo:

«Yo era ojos al ciego y pies al cojo.
»A los menesterosos era padre, y de la causa que no entendía me informaba con diligencia.
»Y quebraba los colmillos del inícuo; y de sus dientes hacía soltar la presa».

Rindiéndole tributo a ese modo universal de apreciar la carrera del derecho, los romanos le dieron fuerza obligatoria a las opiniones unánimes de los jurisconsultos a quienes los jueces podían consultar según las leyes de Justiniano; y por eso mismo el Emperador Anastasio colocaba a los abogados en el rango de los más altos dignatarios del Estado y consideraba su profesión como un *oficio público*.

Entre nosotros, por desgracia, la abogacía no ha ocupado hasta ahora la alta posición social a que está destinada y que ocupa en los países bien organizados de Europa y de América. Nuestra inexperiencia nos ha inducido a confundirla con las varias industrias a que el hombre puede dedicarse sin estudio previo, y las hemos colocado todas bajo un régimen de libertad irrestricta; pero desde el momento en que se ha organizado una Escuela en donde los jóvenes que lo deseen reciben un cúmulo de conocimientos generales y especiales, suficientes para permitirles servir con eficiencia, la reglamentación de la abogacía es indispensable e inaplazable para darle dignidad y para establecer sus responsabilidades.

Un abogado nacional así dignificado tendrá que elevarse a sus propios ojos, mantenerse siempre abierto a los estímulos del honor, precaverse contra tentaciones del prevaricato, esperar la fortuna, el renombre y hasta la gloria, de su inteligencia, de su esfuerzo sincero en defensa de las causas justas, de sus servicios honorables y de sus sacrificios altruistas; y de ese modo contribuir a afirmar el orden social que es siempre precursor del desarrollo industrial y económico y de la difusión de la cultura.

He venido hablando del abogado propiamente dicho, es decir, del profesional que defiende ante las Cortes de Justicia las causas que se le confían, pero nuestra Escuela de Derecho ha sido fundada, no con el propósito restringido de crear abogados, sino con el más amplio de formar también estadistas, de poner a los jóvenes que aquí nutren su inteligencia y desarrollan sus capacidades, en aptitud de comprender, de estudiar y de resolver nuestras cuestiones sociales, políticas y económicas del presente y del futuro. Este es sin duda alguna el aspecto por el cual la Escuela ofrece mayores atractivos y presenta más seductoras perspectivas. Así considerada la escuela de Derecho es una hermosa esperanza.

En efecto, los problemas políticos, sociales y económicos que en nuestro país existen hoy mismo y exigen solución más o menos urgente, son de la mayor gravedad y trascendencia. Esos problemas pasan inadvertidos para la generalidad de las gentes que viven como aquellas de la Ciudad alegre y confiada, en un mundo de confusas realidades. Las sociedades humanas sufren de una ceguera colectiva que apenas es comprensible: están danzando sobre un volcán próximo a hacer erupción como lo estaba Francia en vísperas del cataclismo de fines del siglo XVIII; y como lo estaba toda la Europa en 1914, y sólo unos pocos espíritus superiores lo comprenden y lo sienten.

Yo no quiero que mis palabras sean tomadas como una voz apocalíptica anunciadora de desastres inevitables para el país, pues nuestros problemas nacionales, según los veo y los comprendo, no tienen los caracteres trágicos de los que aquejaban a Francia en 1789; pero sí es preciso que sepamos todos, desde el más humilde hasta el más encumbrado habitante de este suelo, que tenemos problemas graves dignos de estudio, y que de su solución justa dependen el desarrollo de las potencialidades de nuestro pueblo y la intensidad de ese desarrollo.

Después de las afirmaciones que acabo de expresar no me es posible rehuír la obvia consecuencia de presentaros, siquiera en una forma lacónica y sintética, algunos de esos problemas.

Tenemos ante todo un problema fundamental que en cierto aspecto comprende todos los otros, pero que también presenta una faz especial nacida de las condiciones en que Panamá vino a la vida de nación soberana. Puedo enunciarlo así:

¿Qué es lo que el pueblo panameño debe hacer para conservar y perpetuar su identidad como nación libre e independiente y para realizar sus aspiraciones instintivas y reflexivas de desarrollo y de progreso?

Nuestra vida económica e industrial depende hoy de modo directo o indirecto de la posición que el país ocupa con respecto a la gran obra del Canal y de las actividades desarrolladas con su servicio. Estamos perpetuamente ligados a los Estados Unidos por esa obra benéfica para el mundo entero, y no es concebible la existencia de intereses encontrados entre los dos países, ni es concebible que el país más poderoso de la tierra, pero al mismo tiempo

el más justo, tenga el deliberado propósito de estorbar el desarrollo del pueblo panameño, o de oprimirlo o de hacerle perder su identidad y su carácter de pueblo libre.

Sin embargo, las convenciones vigentes, celebradas cuando el Canal era un proyecto, carecen de la flexibilidad indispensable para resolver sin discusión las cuestiones nuevas originadas de la situación, única en la historia, de una obra perteneciente a un país y enclavada en el centro de otro país; y de ahí surgen dificultades y diferencias que deben ser arregladas con amplio espíritu de justicia, haciendo cada una de las partes sacrificios que le permitan obtener concesiones y ventajas correlativas. Panamá puede así alcanzar algo muy esencial, cual es la delimitación clara de su esfera de acción como pueblo independiente, y asegurar la perpetuidad de su vida soberana.

Pero en nuestra vida interna cuántas cuestiones no se enlazan con el gran problema del desarrollo nacional! La Constitución política que nos rige ha resultado idadecuada para nuestra Nación incipiente y exige en varios respectos reformas sustanciales. Una de ellas es la reorganización completa del Poder encargado de impartir justicia.

Una administración de justicia incierta o nula es el veneno que más profundamente afecta y perturba el organismo social. Desde el momento en que el derecho no está absolutamente garantizado o a cubierto de todo peligro; desde el momento en que la impunidad proteje a algunos o a muchos porque son poderosos y disponen de influencias y de dinero para defenderse, la confianza en la justicia social organizada recibe golpe tremendo y los hombres piensan en recurrir a los medios primitivos de la justicia individual violenta, engendradora de la anarquía.

La sociedad humana tiene el instinto de la justicia y se somete a ésta voluntariamente cuando es imparcial, igual e inflexible para con todos. La fundación del imperio Meda descrita por Herodoto en sus historias, es un ejemplo resaltante del vínculo que crea entre los hombres el sentimiento de lo justo y de la sumisión de que son capaces respecto de jueces sabios e imparciales. Deioces comenzó su labor constructiva de un imperio prestándose a servir de árbitro amigable entre gentes anhelosas de justicia; y su rectitud y sabiduría se hicieron tan proverbiales que ya nadie quería someter sus diferencias a otra autoridad. De aquel deseo vehemente surgió el reino meda con Deioces por monarca y merced a su influencia floreció Ecbatana, la ciudad de las siete murallas.

Nuestro Poder Judicial debe ser investido de un carácter más elevado y rodeado de un prestigio que lo coloque por encima de toda influencia perturbadora y de la asechanza interesada. Los Magistrados de nuestra Corte Suprema no deben ser nombrados para un corto período fijo que los exponga a las incertidumbres de la fortuna; deben ser nombrados de por vida y removibles de sus puestos por la causal conocida de mala conducta; deben gozar de una pensión de retiro después de cierta edad o después de cierto número de años de servicio, y por último, deben ser seleccionados de entre los hombres más sobresalientes de nuestro foro por su honorabilidad y por su capacidad. Para que esas condiciones puedan tener eficacia, es preciso también que los Magistrados gocen por lo menos de sueldos muy poco inferiores al del Presidente de la República.

De una Corte Suprema así organizada debe emanar en escala descendente una judicatura selecta e irreprochable, y entonces estaremos en el camino de una transformación profunda de nuestras costumbres públicas y privadas.

Nuestro sistema municipal requiere también un cambio fundamental. Lo que tenemos en ese ramo no es acertado, y ni siquiera es decente. Los jóvenes que aquí se gradúan tienen en este problema importante de nuestra vida colectiva un campo de investigación individual digno de sus esfuerzos patrióticos.

Por último; creo que nuestra organización democrática, cuya estructura general aparece en la Constitución, debe ser revisada con el fin de impedir que se propague el mal ya visible de creer que la política y las agitaciones que a su sombra se desarrollan, son una industria provechosa en vez de un deber cívico. Debemos esforzarnos por establecer que la democracia verdadera se funda en la capacidad y en la integridad individual de los ciudadanos y en el valor social de éstos como seres conscientes y responsables; y que su importancia y su grandeza nacen de la combinación de las voluntades sinceras movidas por impulsos espontáneos. En otras condiciones la democracia es una farsa, un sueño, un delirio y un peligro.

La solución de este problema entre nosotros presenta dificultades tal vez invencibles. La restricción del derecho de sufragio a ciertos ciudadanos, después de haberlo otorgado con una amplitud optimista, sería una regresión política repulsiva para todos los espíritus liberales, pero sí es posible reducir ciertos males ya muy conocidos estableciendo la limitación de los elegibles en toda elección popular.

Las ideas que acabo de exponer no constituyen un programa ni envuelven censura de ningún género respecto de personas o de colectividades. Ellas son la descripción imparcial de situaciones y de males existentes que exigen examen, estudio sereno y eficaz remedio, y que han nacido de errores colectivos cometidos de buena fé.

Los hombres que hemos estado envueltos en los movimientos políticos y sociales y en las transformaciones que el país ha experimentado durante casi un cuarto de siglo, tenemos el deber sagrado de manifestar lo que hoy pensamos de nuestra obra de ayer y de expresar con sinceridad y con franqueza los resultados de nuestra experiencia.

El lugar y el momento más apropiado para esa confesión solemne son esta sala en la cual se reune lo más granado y selecto de nuestra intelectualidad y este instante en que un pequeño grupo de jóvenes va a recibir un diploma que los capacita para trabajar con eficacia en la obra de rectificación que la experiencia impone. La rectificación juiciosa no es la destrucción de lo existente: es una labor de mejora y de perfeccionamiento, tan meritoria y tan digna de aplauso como la de fundación y de construcción.

Esa es la labor en que debemos empeñarnos como sociedad civilizada y como país libre. Acometámosla con fé y con entusiasmo para hacer imperecederas las conquistas alcanzadas; acometámosla con energía y perseverancia para que cuando ella haya transformado en pocos años nuestros pueblos y nuestros campos y producido sus frutos de bendición para todos nuestros conciudadanos y para todos los hombres que habiten el suelo panameño, podamos decir llenos de orgullo: hemos actualizado el porvenir.

INTERMEDIO ARTISTICO

Un coloso de la escala diatónica

...You can imagine my joy at finding again a tone infinitely more resonant and pure, free from all wild vibrations and best of all, a tone that could penetrate beyond a dozen violins and yet whisper like a breath of air...

SAM MOORE.

DEBIÓ ser muy hermoso el sol que brilló en Monticello el día en que nació Sam Moore. Había aparecido una Estrella del Arte y era necesario que el sol de Florida brillara esplendoroso como presagio de tan bello advenimiento.

Y si radiante brilló el sol, radiante apareció la *Estrella*...

Pocos años después el niño de Monticello hubo de manifestar su genio en los dominios del Arte.

Después de haber estudiado el violín, al que logró arrancarle notas prodigiosas, un buen día quisieron los hados que al *niño-genio* se le rompieran el hombro y brazo izquierdos, y todos quisieron llorar la desgracia de Sam Moore... Pero cuán equivocados todos... De aquella al parecer desgracia, habría de arrancar el prodigio del muchacho. Y otro buen día, como lo ha escrito él mismo, logra descubrir las recónditas armonías que guarda un serrucho de carpintero, y de ahí parte el prodigio... Sam Moore habría de cantar en tonos de incomparable melodía los poemas vernáculos de Stephen Foster, Olcott Ball, Robe-Rise, Lady Scott, Sir. J. Stevenson y Thomas Moore y todo ello ¿en qué? ¡Quién habría de decirlo! En un simple serrucho de carpintero. Imposibilitado para proseguir en sus estudios de violín porque sus miembros fracturados no le permitían la posición que requería el instrumento, el niño consagró sus esfuerzos a desarrollar sus preclaras condiciones de artista, gracias a su profundo dominio del arte del *vibrato*, arrancando sutiles modalidades tonales del acero de un serrucho, y ¡quién lo diría! Sam Moore logra trasmitir su alma en cada una de las sutiles modulaciones de sus notas prodigiosas. Infiltra, por decirlo así, su poderosa psicología de artista genial en cada una de las notas que arranca con su arco mágico, y sabe arrancar también lágrimas de entusiasmo y sentimiento ante los bellos poemas vernáculos del incomparable Stephen Foster. Nadie como Sam Moore había penetrado tan hondamente sentidos esos poemas del *folklore* americano, ni nadie hubo de expresarlos en forma tan pura...

Sam Moore profundiza los estudios del genuino banjo pentacorde y perfecciona el sistema inventado por Harry Skinner de Chicago en la guitarra *Octo-Chorda*, pero por natural instinto se apega a su arco y su serrucho [1] y es con ellos como se muestra Sam Moore en toda la excelsitud de su genio fecundo y raro.



SAM MOORE
Foto. STRAND, N. Y.

Amante del Arte puro, desea consagrarse a promover audiciones con números de Concierto y así lo hace durante mucho tiempo cosechando estruendosas ovaciones ante los públicos que lo escuchan. El artista Horace Davis le hace un magnífico *pendant*, pero pronto los públicos se hastían del cansado estiramiento de los Conciertos; los contratistas de Sam Moore lo inducen a introducir en sus números variantes de *vaudeville;* en la necesidad de hacer *vendible* su Arte, se asocia Moore al genial artista Carl Freed, y recorren el circuito Keith haciendo de *vaudevilleurs* musicales con el más estruendoso éxito que han conocido los anales del Teatro Americano.

Sam Moore y Carl Freed hacen un hermoso torneo de arte todas las noches y en cada una de ellas su éxito es cada vez creciente...

Los productores de discos se disputan el arte de Sam Moore y es en ellos donde los calentanos del sur podemos maravillarnos ante la incomparable destreza de ese muchacho genial.

Se han impuesto su genio y su versatilidad magníficos. ¡Había triunfado Sam Moore!

A los acordes y dulcísimos acentos de su *Octo chorda* hemos bebido las endechas de la más bella canción-meditación de amor que ha producido el talento humano, *Annie Laurie*, canción en que la inspirada Lady John Scott vertió lo más puro de su humano sentimiento, y allí también las dulcísimas endechas de *Believe me*... de Thomas Moore en que las melodiosas notas de su sensible *Octo chorda* producen un sentimiento de recogimiento y fruición indescifrables...

Con él hemos aprendido a compenetrarnos con los sentimientos artísticos del malogrado Félix Arndt, de Frank Banta, de Carl Freed, Thomas Griselle, Roy Bargy, Frank La Forge, Horace Davis, su discípulo Leroy Smeck, todavía un adolescente, pero al fin una promesa, y con otros tantos de la pléyade famosa de la bandera estrellada...

Arrobados hemos escuchado las tristes lamentaciones de Foster en su melancólico *Old Black Joe*. Destilan lágrimas cada una de las notas en que el arco prodigioso de Sam Moore le va haciendo en *tercera alta* un segundo *sin segundo* a la bella y sentimental estrofa de *Swanee River*. [1]

All de world is sad an dreary
Ev'rywhere I roam;
Oh! darkies, how my heart grows weary,
Far from de old folks at home.

que canta una voz de exquisito y hondo sentimiento, y tras de aquellas notas y del vernáculo sentir de un pueblo que no es el nuestro, hemos aprendido en las notas de Sam Moore que todos somos hermanos y que para todos debemos guardar el mismo sentimiento en lo más profundo de nuestro corazón...

Sam Moore nos enseña a comprender y admirar el Arte. Nos enseña a ser y a sentirnos buenos.

Bendito sea Sam Moore.

J. C. SOTILLO PICORNELL

En un día brillante
de enero de 1924.

(1) Sam Moore produce sus *elocuciones* musicales frotando el lomo de un serrucho de acero argéntico de Atkins con un arco de violín y en tanto va blandiendo la hoja del serrucho. ¡Prodigio igual!

(1) De la serie de Stephen Collins Foster *Old Folks at Home* aceptadas como del Folklore americano.

México

[Discurso leído en el Ateneo Hispano Americano, de Buenos Aires, el 17 de setiembre de 1923].

EMPEZARÉ por agradecer al Ateneo Hispano Americano el homenaje que dedica a mi patria en el aniversario de su Independencia; pero no querría que mi agradecimiento fuera individual, ni siquiera en nombre de mi patria, sola o asociada con un noble país hermano, sino en nombre de la causa común que presidió la fundación de este Ateneo, en nombre del sentimiento colectivo que nos congrega, aquí y en cualquier parte, a los que creemos firmemente en un futuro de unión y de fraternidad entre los pueblos latinos de América.

Labor lenta y penosa ha sido la de formar un núcleo espiritual que mantenga en alto esa bandera, labor combatida con toda clase de armas; pero, principalmente, con la de la incredulidad burlona de quienes sustentan que los únicos lazos que estrechan a los pueblos, como a los hombres, son los materiales y económicos, y que es insensato hablar de amor internacional mientras no haya barcos que trafiquen entre las naciones, y absurdo pensar en orientaciones comunes mientras nos separen las distancias y mientras los pueblos del mismo origen y de idéntica cultura no se constituyan en deudores y acreedores recíprocos. Semejante opinión encierra un sofisma peligroso. Los que sabemos que los pueblos no viven sólo de pan, confesamos implícitamente que también de pan viven, y nunca hemos llegado a mantener que hemos de amarnos por sobre las urgencias prácticas de la vida. Lo que pasa es que fiamos en la fecundidad del nexo espiritual, y creemos que el amor es camino para llegar al amor mismo y a todo lo demás que vendrá por añadidura. De amarnos y de conocernos ha de resultar la obra colectiva que ligue y acreciente nuestras fuerzas, que sume nuestras actividades en una dirección fecunda. Este acercamiento espiritual que, a primera vista, no modifica nuestras finanzas, ni aumenta en un solo peso nuestro tráfico exterior, ni es causa de mayor producción de ningún artículo, nos lleva forzosamente a recapacitar sobre nuestra potencialidad económica, a recordar que, como conjunto étnico, tenemos un lugar de primer orden entre los factores del porvenir del mundo. También nos obliga a no olvidar que este grupo de repúblicas llamadas, bien o mal, latino-americanas—, el nombre es lo de menos—, tiene en conjunto doble extensión que Europa y cien millones de habitantes, y almacena en su suelo riquezas insospechables que sólo aguardan una explotación coherente, firme y sistemática para abastecer al mundo viejo, ya en parte exhausto por tantas crisis materiales y por tantas catástrofes de orden moral. Pero si reconocemos todo esto, sabemos también que para la obra civilizadora que un día no lejano hemos de realizar, no basta sacar oro de las entrañas de la tierra ni llenar de trigo las trojes del planeta, sino que es preciso crear el soplo fecundo de un ideal magnánimo de concordia humana que haga fundar entre los hombres el reinado de la paz y de la justicia.

Fechas como la que hoy celebra el Ateneo en su hidalga misión americanista, no han de ser únicamente ocasión de regocijos y coyuntura para vítores ruidosos. La libertad obliga, como se dijo qne *obligaba la nobleza*. Ser libre es más fácil que saber serlo. Conquistar la autonomía y separarse por medio de luchas sangrientas de la madre común civilizadora, es dura empresa sólo justificable cuando el uso de la vida autónoma acrece la riqueza moral y material de los pueblos. Si, salidas de la tutela, las naciones caen en la tiranía o en el libertinaje, nadie puede ufanarse de la conquista. Un siglo de vida para un pueblo es brevísimo lapso, y nadie pretenderá que se conduzca con la perfecta cordura de la madurez. Pero cada día ha de darse un paso en el sentido del progreso, o al menos, ha de sentirse a cada minuto el ímpetu encaminado a mayor bienestar en todos los órdenes de la vida. Fechas como ésta son para los pueblos ocasión de entrar en cuentas consigo mismos, oportunidad preciosa de hacer votos de perseverancia o firmes propósitos de enmienda.

Mi patria entera, en hora como la actual, vive en un grave examen de conciencia. Es justo, es conveniente, que yo trate de interpretarla ante vosotros, que la hacéis objeto de vuestras simpatías. México no dirá como el fariseo: «gracias sean dadas porque no fuí como los otros pueblos». Pero si ha delinquido, ha hecho también bastantes cosas para ser perdonado.

Una deliciosa leyenda lo pinta como un país rico, orgulloso y turbulento. Y bien, contra esa reputación de orgullo, está patente el acto de humildad que lo empujó a no conformarse con instituciones viciosas y buscar otras mejores con mengua de su aparente tranquilidad. Este impulso humilde de renovación, explica y consagra su mal entendida turbulencia. No fué mareado por la adulación interior que le cantaba al oído las alabanzas engañosas de una dictadura, ni lo embriagó la interesada sanción exterior de los pueblos que coreaban el panegírico de un mal gobierno y un estado social lamentable. Supo que no era ese el camino, y volvió sobre sus pasos sin contar los peligros ni atender a la dureza de las jornadas. Reconocer y corregir los yerros es todo lo contrario del orgullo. El orgullo mexicano, después de su revolución, está, no en tener diez y ocho millones de hombres, sino en haber emprendido con ardor y tenacidad sin ejemplo la tarea de redimirlos de la miseria y de la ignorancia. Está en la noble cruzada educativa emprendida por ese hombre apostólico que se llama José Vasconcelos, que lleva a cada uno un libro y a cada corazón una esperanza. Está en sus catorce mil escuelas y su casi millón y medio de alumnos que las pueblan. Está en los miles de bibliotecas fundadas en los más apartados rincones de la República, que lo mismo en furgones de ferrocarril que a lomo de mula son trasportadas para ponerlas al alcance de las clases prolet rias. Está el orgullo de México, no en su estupenda producción de petróleo, sino en haber sabido legislar sobre sus propias riquezas poniendo un veto a la codicia de los explotadores, no para negar su parte al que trabaja, sino para hacer cooperación fructífera de lo que sólo hubiera sido despojo. Su vanidad está, no en sus dos millones de kilómetros cuadrados y sus inmensas tierras laborables, sino en haberse propuesto una distribución justa que anule los privilegios, que acabe tarde o temprano con los latifundios, y que sustituya la opulencia descarada de los pocos por el honesto bienestar de la mayoría. Su orgullo está, no en tener fábricas henchidas de obreros, sino en procurar el medio justo de acabar con la tiranía de los poderosos, no arruinando al rico sino moderando la insaciabilidad de su avaricia. Su orgullo está, no en la plata, el oro, el cobre y el plomo de sus minas, sino en transformar las riquezas de su suelo en fuerzas útiles, lo mismo nacionales que extranjeras, pero sin privilegios concedidos a extraños y negados malvadamente a los nativos. Está su orgullo, por último, en su orientación internacionalista que, despreciando fronteras

geográficas, va al corazón de la América Latina en un vuelo fraternal, no con fines hostiles hacia nadie, sino con miras de unión espiritual entre los pueblos que no pueden hacer otra cosa que estar juntos en el presente y en el futuro.

Esto dice a la hora actual el examen de conciencia de mi patria. Como hizo confesión pública de pasados errores, dice con sencillez a todo el mundo sus propósitos de renovación y lo que ha logrado en su magna empresa. Los grandes dolores de sus últimas contiendas la han enseñado a no confiar en la perfección de la obra.

Mucho ha conseguido, y mucho más le queda por hacer. Sabrá rectificar lo que convenga y derribar lo mal cimentado para una edificación más firme. Pero el rumbo es bueno, y sigue la orientación salvadora.

Y como México no trabaja sólo para él, ofrece sus conquistas a los pueblos de América, con el sagrado voto de que la sangre que derramó a torrentes, ahorre la sangre y la angustia de sus hermanos.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

(El Monitor de la Educación Común, Buenos Aires).

El gato con botas

El artículo que sigue está constituído por breves capítulos de una ligera exégesis del conocido cuento de Perrault.

CON el zurrón en bandolera, las altas botas amarillas subidas por delante hasta cerca de los ijares y el rabo delator arrastrándose desenfadadamente por el suelo; las orejas alerta y velludas, la sonrisa retráctil como la mirada, tras su antifaz de raso oscuro y el busto, al parecer, ceñido de un jubón de terciopelo negro; el protagonista del relato de Perrault es uno de los pocos héroes de la imaginación infantil que resisten, al cabo de los años, la confrontación crítica, el análisis despiadado con que nos vengamos sobre nuestros recuerdos de los desengaños de la vida. Al volver a él, advertimos el sentido oculto de la fábula,—*Le sens mystérieux que leur tour enveloppe*, como dice el mismo Perrault en una de sus moralejas—su profundo realismo, su verosimilitud psicológica. *El gato con botas* tiene, en efecto, muy pocos elementos maravillosos: las botas que lo califican, lejos de parecerse a las de Pulgarcito, apenas le permiten dar un paso, y en cuanto al zurrón que lleva a la granadera, es como la cuenta corriente de los Bancos: no se puede sacar de él más de lo que se ha depositado. Es cierto que hay un ogro, pero lo único que lo distingue son la vanidad y la opulencia, atributos de cualquier *nouveau riche*; y es verdad también que hay un gato que habla, más nada impide admitir esto, aún sin haber leído el *Diario de Sesiones* como una de tantas ficciones literarias.

Los Ogros en la Economía Política

Por todo aquello, la aventura del Marqués de Carabás, merecería de parte de las personas serias, mayor consideración de la que hasta aquí le han consagrado. Pues, el gato...

—Mi querido señor,—dice en este instante el crítico que siempre nos acompaña y que acostumbra a leer, por encima del hombro, lo que vamos escribiendo—está bien que usted haya aceptado con suma facilidad la suposición de un gato que habla, porque eso le ha permitido aludir irrespetuosamente al Parlamento, y el fin justifica los medios; pero juzgo demasiado ligero saltar con tanta presteza sobre el incidente del ogro. La comparación con los enriquecidos me parece forzada...

—Me explico sus escrúpulos y me jacto de desvanecerlos en un momento. Según la concepción idealista de la historia...

—¡Alto ahí!—vuelve a interrumpir el crítico que se ve venir el inevitable escamoteo de lo real por lo ideal—atengámonos al criterio práctico y positivista de nuestro tiempo.

—¿Al materialismo histórico, entonces?

—Sí.

—Bien, y para mayor estrictez examinemos el caso desde un punto de vista exclusivamente económico.

Los ogros de Perrault, mi buen señor, y en especial, el que figura en *El gato con botas*, son grandes terratenientes, vanidosos, de modales groseros y dotados de un ansia insaciable de satisfacciones materiales. Para calmar su apetito pantagruélico (El adjetivo es redundante puesto que Pantagruel es también un ogro) su sed infinita y su gusto de la opulencia, hacían trabajar de sol a sol a sus gentes en los campos, en los talleres, sobre los caminos de la tierra y en las rutas invisibles del mar. Sus necesidades, sus caprichos, sus intereses, regulaban la vida comercial de la comarca, imponían los precios, fijaban los salarios, establecían los arrendamientos... Así organizada la producción, la vida, para todo otro que no fuese el ogro, resultaba cara, la existencia misérrima, la emancipación económica imposible.

Si aún existiesen los ogros su acción no se advertiría por otros efectos...

—¿Y el hábito de devorarse a las personas?

—Eso era un procedimiento de excepción, que, en definitiva, traducido al lenguaje del materialismo histórico no significaría más que la ruina del comercio minorista por un gran industrial.

Un buen casamiento

Despojada de esos discutibles elementos fantásticos, la trama del *Gato con botas* se reduce a la historia de un buen casamiento. Y es, por cierto, de las mejores del género. Los recursos con que el hijo menor del pobre molinero, sin más fortuna que su gato y sin condiciones de inteligencia ni de ca-

rácter, consigue subyugar a la hija del rey, haciéndose entregar a la vez por el monarca los medios de rendirla y la llave de la plaza sitiada, superan en audacia, en ingenio y en conocimiento de las debilidades humanas a los de cualquier otro cazador de dotes, real o imaginario. ¿Qué resulta junto a la del pseudo marqués de Carabás la aventura similar de Maruf y la espiritualmente idéntica de *Los intereses creados*? En el cuento de las *Mil y Unas Noches* es necesaria la intervención de un genio providencial para apuntalar el éxito del ex-zapatero del Cairo, y en la farsa de Benavente la fortuna de Leandro se logra sólo merced a la confabulación cínica de toda la sociedad.

El gato de nuestra historia, en cambio, labra la dicha de su amo sobre cimientos más seguros y reales: la codicia de un rey, la cobardía de la multitud, la vanidad de un ser grosero y opulento y la ingenuidad sentimental de una princesa. Pero, y en ello estriba la superioridad de este cuento admirable sobre la admirada obra benaventina, ninguno de los personajes de Perrault tiene conciencia de su deformidad moral. Como ocurre en la vida, el rey se cree magnánimo; la muchedumbre, prudente; el potentado, digno de admiración, y la rica heredera, amada por sí misma..

La psicología del intrigante

—Hay, sin embargo,—vuelve a decir el crítico, esta vez más reposadamente,—una falsedad inadmisible en ese cuento. El gato aparece como un animal fiel en la desgracia y discreto en el triunfo, abnegado en todo momento. No cede nunca al instinto egoísta de su especie y después de haber labrado la fortuna de su amo se contenta con la modesta retribución de una vida descansada. Estas virtudes del gato me parecen más increíbles que su privilegio de hablar el lenguaje de los hombres y de marchar en dos patas.

—El héroe de Perrault no tiene ninguna de esas virtudes vulgares que Ud. menciona. Su adhesión al Marqués de Carabás supone únicamente la más elemental consecuencia en sus ideas. El destino de su joven amo es una creación suya, es la obra maestra de su talento de intrigante. ¿Cómo traicionarle sin traicionarse a sí mismo? ¿Y qué mayor retribución en el triunfo que la satisfacción interior de saberse el autor de todo? Porque en el fondo de su espíritu el intrigante es un artista y ama sus mentiras con el celo maternal de los creadores. El Crispín de *Los intereses creados* es capaz de dejarse cubrir de ignominia por las tretas que han de beneficiar a su compañero de andanzas; el mercader Alí de *Maruf*, no vacila en desprenderse de una fortuna para sostener el crédito del remendón que su embuste ha de llevar al tálamo de una princesa y el gato de Perrault sufre hambre y arriesga la vida para hacer la felicidad de un barbilindo incapaz.

En todo mentiroso, hay un filántropo y un artista.

La arbitrariedad de la gloria

Y ahora, llegando al final de estas reflexiones marginales, se debe señalar en el cuento de Perrault un misterio inquietante: ¿Por qué se llama *El gato con botas*, y no, lo que sería igualmente justo *El gato del zurrón*? ¿Qué importancia especial tiene en la fábula el hecho de que el protagonista calce las descomunales botas con que lo suelen representar las láminas?

Al comienzo del relato, nuestro héroe le pide a su amo que le dé un zurrón con un lazo corredizo en la boca y le encargue un par de botas. El zurrón es para atrapar los conejos que ha de ofrecer al rey, las botas para no lastimarse en la maleza durante la caza. Más después de realizado su plan, sigue todavía con el zurrón a la bandolera y las botas hasta los ijares, en un atavío molesto y anacrónico. Así ha pasado a la leyenda. Las botas encargadas con un objeto transitorio, le salvan del anónimo; en cambio, el zurrón, obra y testimonio de su ingenio, pasa inadvertido.

De igual manera y con idéntica arbitrariedad suelen fijarse en la historia, los rasgos de los héroes...

ARTURO CANCELA

(La Nación, Buenos Aires)

Página lírica
de Agustín Acosta

YA YO NO SOY UN MUCHACHO...

Ya yo no soy un muchacho...
Qué dolor, oh vida mía!
Ya yo no soy un muchacho.

Tengo el dolor de la vida,
tengo el azul del ocaso.
Miro hacia atrás, y me asombro
de ver que tengo pasado!...
Miro al porvenir y advierto
muchos años, muchos años...

Yo con canas.. serio, serio,
bondadoso, solitario...
Contigo siempre, contigo
a mi lado,
jugaremos a que somos
muchachos.

ANIVERSARIO

Tú serás una dulce viejecita risueña,
blanca de canas como diáfana de virtud;
y yo seré un anciano presumido, poeta
siempre para cantarte, oh mi vida y mi [luz!

Yo te diré:—reclina, como antaño, alma [mía,
—antaño ahora presente—tu cabeza en [amor:
que tú eres a mi alma la invariable [Hermanita,
la de mis horas plácidas y la de mi dolor!

Y tú dirás:—hoy hace años que nos [casamos:
¿te acuerdas?...
El naranjo que nos brindó sus ramos
acaso se haya muerto en el viejo jardín.

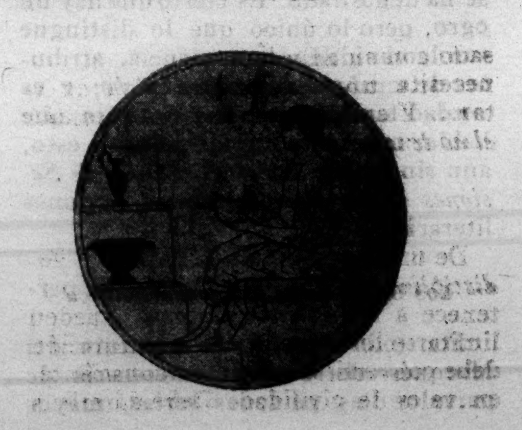
Y nuestra vida, árbol a toda luz fecundo,
verá cómo se alzan sobre el duelo del [mundo
una nueva Hermanita y otro nuevo [Agustín!...

VAMOS HACIA LOS SUEÑOS

Pues estamos unidos
y somos tan pequeños,
vamos hacia los nidos,
vamos hacia los sueños...
Disgregar es odiar. Amor es lazo:
no repelas a nadie. Da tu beso y tu abrazo
como si dieras todo tu tesoro. No es rico
el que más tiene sino el que más da. So- [mete
toda roca a la fuerza de tu pico,
y a tus alas de amor todo grillete.
....

¿Después? Después ya sabes:
el ave sólo teme la garra de otras aves,
las redes alevosas, los lazos escondidos...
Vamos hacia los sueños... Vamos hacia [los nidos...

(Del tomo *Hermanita*, Habana, 1923).



Dietario en Zig-Zag

Surtidor de Claustro

Lo mismo que cantabas, cantas.

Cambia la vida. Tú no cambias.

Caen lentas tus aguas en la amplia piscina.

Das al silencio del claustro, con cada nota de rezo, igual nota de plata.

Nada se fija en tus aguas.

Ni la nube que pasa. Ni el magnolio que se extiende florecido sobre tu canto. Ni la górgola desesperada que te mancha con su eterna sombra negra.

El diverso fervor de generaciones diversas pasó por tu lado. Tú rezas igual.

Eres bello. Te amamos. Pero no quisiéramos parecernos a ti, surtidor de claustro!

Dos notas

1

TODOS los diarios de Francia gritan a los franceses que la procreación es necesaria si no quieren hundir a su Patria para siempre. Todo el mundo aplaude y todo el mundo considera que la repoblación de Francia es uno de los grandes problemas de la vida nacional.

Se impone el remedio para las terribles consecuencias del malthusianismo; se impone abominar de las grandes inmoralidades que aseguran la infecundidad.

¿Remedio? ¿Cuál?

¿Abominar? ¿Cómo?

¿Procurándose el convencimiento de que la procreación no es un azar de la necesidad sexual? ¿Haciéndose cargo de los incontables goces de la paternidad? ¿Por patriotismo?

Cogemos el primer diario parisién que nos viene a la mano, *Le Matin*. Artículo sobre la procreación necesaria... y entre los avisos de solicitud, del mismo día, leemos seis que dicen: «Se necesitan unos porteros»; «Se necesita una sirvienta casada»; «Se necesita un matrimonio como mandadero»; «Se necesita una señora de compañía con su esposo que sepa cultivar un jardín»; «Se necesita un Profesor casado con su Señora, a todo estar»; «Se necesita un matrimonio para quinta»... Y en todas partes: *Indispensable el no tener hijos*.

2

De un libro de Paul Bureau: *L'Indiscipline des Moeurs*, «El porvenir pertenece a los pueblos castos». Pueden limitarse los hijos, pero la limitación debe convertirse en virtud consciente, en valor de civilidad. Debe dársele a la Patria lo que *puede* dársele. No menos... No más... El de Paul Bureau es un buen malthusianismo católico, predicado a la Francia que quiere repoblarse.

¿Chateaubriand?

Sí, Chateaubriand. Aún no hemos abandonado, por exhaustos, los libros del Príncipe de la Melancolía. No todo es en ellos púrpura flotante o hiedra sobre ruinas. En *Etudes Historiques*, en *Essai Sur les Revolutiones*, en *Génie du Christianisme*, en *Analyse Raisonée de l' Histoire de France*, entre las imágenes opulentas y las tristezas grises, se encuentra el Chateaubriand medular, con fuerza eterna, no con fuerza de época. Actualísimo, nos dejó escrito: «Hay que ir alerta para no confundir las ideas revolucionarias del *tiempo* con las ideas revolucionarias *de los hombres*. Lo esencial es distinguir la lenta conspiración de las edades de la conspiración apresurada de intereses y sistemas».

Se prolonga más allá de los lamentos de *René* y de las dulzuras agónicas de *Atala*, Chateaubriand.

El Boxeador

A nacer el Boxeador de un deseo de desnudez y de fuerza, hubiéramos murmurado: Grecia.

Pero su primer programa fué el de la *self-defence* y después, al querer embellecerlo, nos habló de una humanidad de movimientos elásticos y finos, de cuerpo fuerte y templado.

No ha sido para afinar y hacer elásticos los movimientos, ni para dar temple y fuerza al cuerpo, por lo que le ha interesado al boxeador ser boxeador. Sus finalidades son la lucha... y los rendimientos. Tampoco por amor a las bellas actitudes y a las bellas defensas, aman los amadores del boxeo el arte de boxear. Lo prueban las apuestas que para hacer interesante el espectáculo han de cruzarse.

Pero si es discutible el sport por sí, lo que es indiscutible es que el boxeador es uno de los ídolos de los tiempos actuales. Forma en la brillante constelación de los astros de la pantalla y de los ases del *rugby* y del *foot-ball*.

Bernard Shaw nos ha mostrado su *gentlemen* y boxeador Cashel Byron delante de un diccionario biográfico, admirándose de que se dediquen diez páginas a Napoleón y ni una a Jack Randall: «cómo si un luchador—dice Cashel Byron—no pudiera hallar el equivalente en otro luchador». Y la paradoja, como todas las paradojas, tiene su certeza.

La epopeya ha muerto en nuestros tiempos. No queremos dar héroes inmediatos, instantáneos para, en nuestra fiebre desbordada, poderlos glorificar de una manera frenética hoy y hundirlos también frenéticamente mañana. Hemos abolido los inmensos panoramas.—(La Europa napoleónica, por ejemplo).—Bastan la reconstruída torre feudal que cabe en un escenario, el *stadium* y el *ring*.

Siempre se habían tenido en estima los productos humanos no nacidos especialmente del cerebro. Pero le toca a nuestra época la glorificación expresa del puñetazo y del puntapié.

¿Y el luchador de Praxiteles?

Un motivo; un bello cuerpo musculado. Hoy la desnudez no es aquella desnudez; es desnudez de necesidad, no de goce estético. Ni acertaría el helenizante que nos hablara de la desnudez de nuestros ídolos como de la desnudez de las estatuas griegas, ni acertaría el moralista que nos hablara de la desnudez de boxeadores y *footballlistas* como de una desnudez apetecible en un *music-hall* para damas.

El Boxeador,—el ídolo—siendo él somos nosotros. Se bate, magulla y es magullado, para darnos un inmediato beneficio o la satisfacción,—cuando menos—de haber tenido buen ojo apreciador. *Su arte por su arte* no resultaría arte. Necesita la colaboración. Las generaciones futuras mirarán con gran extrañeza los trofeos que nuestra época habrá dejado en los Museos: El *punching ball* de entrenamiento de algún ídolo del puñetazo o el herrado zapa-

tón de alguno de los excelsos reyes de la patada.

Pero hoy por hoy, el Boxeador triunfa y nos obliga,—incluso a nosotros-a rendirle homenaje. Seguramente no daríamos, como darían la mayor parte de los yankees, cien William James por un Dempsey; seguramente no daríamos, como darían la mayor parte de los franceses, cien Bergson por un Carpentier. Y esto por la razón de que tenemos el enorme defecto de sernos más visibles un avance filosófico que la maravilla de los *unppercut* y de los *Knock out.*

Humildemente pedimos perdón de no ser el todo actuales.

Pequeñas causas, grandes efectos

CUANDO lo conocimos, tenía al hablar el gesto amplio y *natural.*

Hoy sus manos se mueven con lentas perfidias y estudiadas complicaciones.

Es que se pule y pinta las uñas.

Si todos nos puliéramos y pintáramos las uñas es casi seguro que el concepto de la *naturalidad* llegaría a cambiarse.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

Mrs. L. F. Beers

El 10 de noviembre del año pasado y en la Iglesia Española de Nuestra Señora de la Esperanza (¡buen augurio!), New York City, se casó la fina y bella poetisa salvadoreña, nuestra amiga y colaboradora Carmen Brannon, con el caballero norteamericano Le Roy T. Beers. Halló en él al hombre que necesitaba: culto, bueno y amoroso. ¡Que así sea por todos los años de la vida! nos lo dicta el anhelo entrañable y fraternal.

Al pie y a un ladito de la participación, se leen estas palabras hospitalarias y benévolas, que saben a hogar dichoso, que huelen a nido tibio y perfumado: En su casa después de diciembre 15. Y del otro lado: Nº 67 Hancock St. Brooklyn, N. Y.

La estimación extranjera

EL CONDE DE LAS NAVAS

BIBLIOTECARIO MAYOR DE S. M.

SALUDA

a su bueno y antiguo amigo el Dr. Don ANASTASIO ALFARO y, en nombre de S. M. el Rey don Alfonso XIII y en el propio, le da las más expresivas gracias por el ejemplar de *El Delfín de Corubict*, recibido con mucha estimación en esta Real Biblioteca.

Madrid, Palacio 26 de setiembre de 1923.

El Año I de la Nueva República

(Meditaciones en Navidad)

¡1923! ¿Ha sido próspero o adverso para nuestra patria?

En él hemos padecido los mismos vicios e idénticos males que desde años atrás venimos sufriendo; pero en él, también, hemos visto despertarse, en un glorioso renacimiento de escondidos arrestos y virtudes, la conciencia cubana. Ha sido un año de lucha. Lucha entre el bien y el mal; entre lo viejo y lo nuevo. Y parece que el año va a terminar sin que se haya liquidado todavía la contienda. Pero la semilla está regada y en casi todos los corazones hay el anhelo de que fructifique.

Estos primeros tiempos de vida republicana han sido para Cuba difíciles y tumultuosos. Apenas constituída la República, vimos salir a la superficie de la tierra los mismos vicios y defectos que los hombres que concibieron y realizaron la revolución emancipadora, se proponían extinguir: lor odios enconados, el egoísmo, el afán de lucro, la burla al derecho, a la libertad y a la justicia, la falta de amor a la patria, de respeto a la ley—que ya era ley cubana—, el abuso en los que mandaban, y la complicidad unas veces y la nefasta pasividad y tolerancia otras, en los que obedecían... Y lo más triste era que muchas veces el *inri* había que ponerlo sobre la frente de los mismos que dieron su sangre para que esos vicios, en ¡que ellos ahora incurrían, desapareciesen. Habíamos cambiado de bandera y de forma de Gobierno, pero, en el fondo, casi no era perceptible la diferencia entre la República de hoy y la Colonia de ayer.

Y la reacción no surgía. Sólo voces aisladas se levantaban, de tarde en tarde, para hacer constar su inconformidad con determinados actos o levantar su protesta contra ciertos procedimientos que rebasaban el límite de lo decorosamente tolerable. Eran chispazos aislados, insuficientes para que la hoguera prendiese, la hoguera necesaria en que debía destruirse todo lo enfermo y lo podrido, lo inútil y lo dañino.

Pero la hoguera al fin prendió. Y fueron los jóvenes-¿quiénes con más derecho y con más deber?-los que lograron encenderla.

Y en los claustros universitarios estalló el primer gesto colectivo de inconformidad y rebeldía. Los estudiantes en masa se levantaron contra los caducos métodos de enseñanza, contra las inmoralidades, el abandono o la ignorancia que reinaba en aquella casa, que ellos querían que fuera santuario de ciencia, de cumplimiento del deber y de honorabilidad.

Después, un grupo de ciudadanos, pequeño primero, numerosísimo hoy, levantó también su protesta, viril y sostenida, contra los poderes públicos por su abandono, por sus vicios, por sus violaciones de la Constitución y de las leyes, por su falta de honradez, por su mala administración...

Aquellos y estos—estudiantes y ciudadanos—podrán, dentro de sus respectivas campañas, haber cometido errores de forma o de procedimiento. Tal vez existan en ambos grupos individuos incapacitados para lanzar la primera piedra. Pero la prueba de que nada de eso obsta a la bondad de sus respectivas causas, es este fenómeno curiosísimo y consolador que ha ocurrido: que el país entero ha hecho suyo y recogido el programa y la bandera levantada y sostenida por ambos grupos, que forman en realidad uno solo, pues idénticos son los ideales perseguidos.

Y hoy es la nación toda la que actúa contra los poderes públicos y vigila, además, a los jefes del movimiento protestante; habiendo llegado ya felizmente la situación a tal extremo que importaría poco que estos fracasaran o fueran traidores a la causa. El pueblo pasaría por sobre ellos sin que cayera la bandera o se manchase.

Bandera blanca y gloriosa que lleva como síntesis de ideales, como símbolo de programa, una sola palabra: *Regeneración.*

Regeneración, que es más que rectificación. Hoy ya el país no se conforma con que gobernantes y funcionarios rectifiquen. Demanda que vengan hombres nuevos. Con los perversos y corrompidos no se puede regenerar. Y la República, si quiere vivir, como ha demostrado que lo quiere, necesita renovarlo todo, arrasando por completo con lo viejo y lo malo—hombres e instituciones—, cambiando normas de vida y normas de moral, reformando todas las leyes y llevando a ellas la savia nueva de las ideas modernas; consagrando y convirtiendo

en realidad las doctrinas de la Revolución libertadora, que fué hecha, como dijo Martí «con la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo».

Que a esta obra, en la que nos va la vida, nos pongamos todos, con la misma fe y constancia con que los hombres del 68 y del 95 realizaron la empresa más ardua de crearnos patria.

¡Que el año 1924 pueda llamarse en nuestra historia *Año I de la Nueva República!*

E. ROIG DE LEUCHSENRING

(Social, La Habana).

Las colegialas

Para el REPERTORIO AMERICANO, envío de J. Torres Bodet.

Carlota, Lupe y Enriqueta,
al empezar las vacaciones,
van al campo sin otra meta
que la de unir sus corazones.

El campo recoge y tolera
tantas pasiones imprevistas,
que les da siempre una pradera
donde contarse sus conquistas.

Porque siempre tienen alguna
que contar—, verdadera o falsa—,
que agranda el nimbo de la luna
y que la fantasía ensalza.

Una conquista misteriosa
que da rubor a las amigas,
por la cual la mente gozosa
sufre extraordinarias fatigas.

Más que las otras, es Carlota
atrevida en contar proezas
y su imaginación derrota
a las amables vampiresas.

Siempre se trata en sus amores
de jóvenes dulces y bellos
que la van ciñendo de flores
y la besan en los cabellos;

caballeros irreprochables
que, estando siempre de rodillas,
prometen horas incontables
de viajes y de maravillas.

Lupe, que prefiere al suave
ritmo de las fantasías
la realidad de lo que sabe,
habla siempre de jerarquías;

y duques y príncipes, llenos
de majestades y de oro,
unen sus títulos amenos
para seducir su decoro.

Altiva—, y sin embargo tierna—,
su mirada, en la noche, abunda,
como el ojo de la cisterna,
en piedad grave y gemebunda.

La pubertad hace milagros
en su sangre turbia y ardiente,
y cuerpo fino y senos magros
tiemblan de amor rudo y creciente.

Menos impetuosa, Enriqueta
sueña en el amor callado
y resignado de un poeta
pálido, triste y enlutado.

Su corazón materno y fino
daría flores de consuelo
a las zarzas de ese camino,
que ha de llegar, un día, al cielo...

Encontraría en la pobreza
un nuevo motivo de angustia
¡y ya le parece que besa
al poeta en la frente mustia!

Sensuales, líricas y ansiosas
de amores lánguidos y nuevos,
las muchachas, entre las rosas,
van soñando con los efebos.

Y la luna pone una cinta
de luz delgada en el sendero
uniendo cada fe distinta
en un solo amor verdadero.

JAIME TORRES BODET.

México, 1923.

La sátira política de "Azorín"

CUANDO *Azorín* comenzó su carrera literaria, Luis Ruiz Contreras—director de la *Revista Nueva*, desde la cual arriesgaron sus primeros ataques los maestros del 98—pudo figurarse que el nuevo escritor iba a buscar su camino a través del profesorado y las cosas universitarias. Prefirió «Azorín» ser político. ¿Político? ¡Oh qué ingrata palabra! ¡Qué desacreditada en España y en todo el mundo! ¡Qué maldición semántica—paulatina metamórfosis de significados—ha venido torciendo visiblemente su noble sentido primitivo! ¿Pues no era la política, para el griego, el arte maestra de las artes, la ciencia maestra de las ciencias? ¿Acaso el definitivo problema humano no se reduce a la política? ¿Tiene algo mejor que hacer el hombre—como profesión, como carrera—que dedicarse a resolver, en la medida de su capacidad, la magna cuestión de la convivencia del hombre entre los hombres? ¿Puede un varón negarse a tanto? Hay otros órdenes de la actividad: órdenes espectaculares y sagrados: la filosofía, la poesía, la música, la plástica de dos y tres dimensiones, la danza que todo lo sintetiza, o la religión a que todo aspira. Pero como intervención inmediata en la vida, como cosa práctica en suma, nada hay más cabal que la política, donde se resumen las reglas de la paz y la guerra, la navegación, la agricultura y la minería, la hacienda, el comercio y la enseñanza. Nace Andrenio, el ente solitario de la novela filosófica de Gracián, y no puede.—Róbinson metafísico—desasirse de las cuestiones políticas, a pesar de ser el único hombre de su isla; porque, juzgándose animal cuadrúpedo como los demás que le rodean, comienza a plantearse al instante los enigmas de su mejor acomodación entre la sociedad de los brutos, de la más justa distribución de esfuerzos entre él y sus hermanos los lobos: fraternidad mucha más verídica aquí que en el santo de las florecitas. Y es que, desde el nacer, como a Segismundo en *La Vida es Sueño*, nos asalta la duda sobre nuestro valor práctico ante el mundo, y nuestra dignidad en la escala de los seres. ¿Cómo puedo—se pregunta el hombre—tener menos libertad que los pájaros, cuando tengo más albedrío? Y de esta sublevación, de esta duda, en cuanto se le expande y derrama sobre los objetos humanos de la vida, nace la preocupación política: diálogo de sobresaltos entre el individuo y el Estado; diálogo que se subordina sin duda, como decía Aristóteles, a saber cuál es la manera de existencia que juzgamos preferente a todas las demás. Tan grave asunto, que Georges Bernard Shaw se pregunta si basta una vida de hombre para plantearlo siquiera, y propone—entre profecías e ironías—el retorno a Matusalén, el ensayo para alargar los años, a fin de poner las riendas de los pueblos en manos de los venerables maestros que alcancen una experiencia de cuatro a cinco siglos.

Pero, con el desarrollo de las democracias, esta pericia suma de gobernar se convierte, un poco, en pasajera aventura. Y el que hace de estas pasajeras aventuras una técnica, un arte suyo, se llama político de profesión, y se desacredita en términos semejantes al de todo aquel que busca estado en lo transitorio: el que hace reír por oficio, el que por oficio anda ofreciendo la chispa a los fumadores, la que vive de prender nardos en la solapa de los transeuntes. Nuestra filosofía social considera que gobernar hombres es parte de nuestro patrimonio divino,

en igual grado que engendrar o matar hombres. Y nos impone a todos—, a través de mil procedimientos—, el acre placer de ser, un instante, en algún modo, para algún efecto más o menos particular, pilotos de la consabida nave.

«Azorín», cuyo porte reservado, cuya cortesía distante, cuya sensibilidad exquisita parecían alejar de todo contacto con la tumultuosa impertinencia de los escolares, no fué, pues, al profesorado; prefirió esta lucha un poco abstracta, y siempre civil de la política.

¿Se puede vivir en España sin la tentación de la política? A ella se va por dócil pendiente, por la invitación del cielo y la calle, como se va, en nuestras capitales hispánicas hacia el título de abogado: porque es la única posición que de una vez, asegura el disfrute de los cuatro vientos de la vida social. Y yo escribiría un libro (sino que me faltan tiempo y humor) sobre la característica torsión o el desarrollo peculiar que ha terminado en todos los escritores de España (acordaos de Unamuno, de Ortega y Gasset, del Maeztu de los últimos días) su alternativa de participación y abstinencia en la política ambiente.

«Azorín» escribió, un día *El Político*; libro de español renacentismo, discípulo de Maquiavelo y Gracián, templado en la ironía y el humor modernos, entibiado en el melancólico esceptisismo que es su nota; pequeña sátira de costumbres con graciosas observaciones y su poco de moralidad. Es un tratadillo en que la lección va aventurada como entre sonrisas. Es un ensayo de deliciosa lectura, tan inglés y tan español!

Su libro sobre el discurso de La Cierva es, en rigor, un compromiso de correligionario, cumplido con un desenfado bondadoso. Toma pretexto del discurso, y anda paseando por los temas que le son familiares, a la izquierda y a la derecha, sin empacho de reproducir alguna paginilla de otro volúmen.

Más tarde, el diputado «Azorín», testigo de las costumbres parlamentarias, nos da un tomo sobre el Parlamento español, lleno de vivas descripciones. Hay ahí fragmentos, pedazos de época, cogidos—palpitantes aún—entre las notas de una información casi periodística; tal la lección de prudencia implícita en el paseito que el Conde de Romanones emprende por el Salón del Congreso, dando a este diputado una palmadita en el hombro y haciendo, a aquel, un guiño prometedor; tal el interior de cortijo andaluz en que Romero Robledo se entera, por la Prensa, de las cosas que le hace decir «Azorín» en una entrevista, y lo desmiente por telégrafo, seguro de que «Azorín» se hará cargo... y no se disgustará.—Y yo no me disgusto, no—concluye «Azorín» con esa su inimitable elocuencia de pocas palabras.

Ahora publica «Azorín» otro libro de sátira, *El Chirrión de los Políticos*, que recuerda el título quevedesco: *El Chitón de las taravillas*. Aunque literariamente no pueda contar entre lo mejor del maestro (a pesar de esos bellos toques de paisajista que «Juan de la Encina» ha señalado) importa recogerlo como una huella más en su camino, un ademán de despego entre realidades que no le contentan. La crítica de fondo del libro no me toca a mí. Me basta señalarlo a la curiosidad de mis amigos de Cuba. Hay un dolor contenido que ennoblece todas esas páginas. Mueren los días, todo se va quedando en suspenso; todo se deshace en el aire como sueño de vanidad. Sólo el dolor perdura, y atraviesa, de lado a lado, este desierto. Un mendigo cruza por un camino. Brilla una linternita en la noche. Un viejo político que tiene mucho de santo—don Pascual—se asoma a la ventana... ¿No habéis comprendido que es «Azorín»? Ya está, como suele, a la ventana. «No le podrán quitar el dolorido sentir». Pasa otro mendigo. Toda la parte misteriosa de su alma se va tras el errabundo, entre las lucesitas vacilantes del suelo y la vibración de las estrellas incorruptibles.

ALFONSO REYES.

Madrid, Otoño de 1923.

(*Social*. La Habana).

EL BUEN EJEMPLO QUE IMITAR

Idea premiada

En la Habana, a cuatro de octubre de mil novecientos veintitrés, reunidos en el despacho del Dr. Manuel Enrique Gómez y bajo la presidencia de éste, el Dr. Rogerio Díaz y el Sr. Julio G. Bellver como tribunal del «Premio a Ideas» que tiene establecido trimestralmente la *Revista Municipal y de Intereses Económicos*, de que es Director propietario el Dr. F. Carrera Júztiz, acto seguido el Presidente dispuso, y así lo verificó el Secretario, abrir los sobres cerrados que contenían ideas de aspirantes al premio. Todas fueron examinadas detenidamente y en consecuencia el tribunal acordó por unanimidad premiar la idea suscrita por el Sr. Antonino Gómez, Secretario de la Administración Municipal de Santo Domingo sobre establecimientos de granjas agrícolas municipales. Y se dió por terminado el acto acordando levantar del mismo el acta correspondiente para remitirla al Dr. F. Carrera Jústiz, a sus fines oportunos.—*Dr. Manuel Enrique Gómez, Julio G. Bellver, Dr. Rogerio Díaz.*

Es evidente y está absolutamente probado que la riqueza principal, más firme y segura de este país descansa en la agricultura, no sólo por la excelente calidad de muchos de sus productos, que no admiten competencia, sino por la fertilidad de su suelo y condiciones especiales de su clima. Pero es también una verdad que no deja lugar a dudas que los procedimientos empleados por la mayoría de nuestros agricultores, por carecer de la necesaria preparación para ello, son casi siempre inadecuados, sin que haya quien los saque de su sistema rutinario y casi primitivo, con lo que, a la vez de perjudicarse en sus intereses propios, perjudican grandemente el desarrollo y necesario progreso de la riqueza nacional.

Las Granjas Agrícolas establecidas en cada provincia han preparado y vienen preparando buenos agricultores, pero en muy escaso número y muchas veces se ha podido advertir que pierden el tiempo educando jóvenes mal seleccionados que, por no ser de campo, dedican luego sus actividades a otras empresas más en armonía con sus inclinaciones habituales.

Mucho se adelantaría, a nuestro humilde entender, en bien de la agricultura, y muy pronto se apreciarían sus positivos beneficios, si cada Municipio estableciera una Escuela o Granja Agrícola, bien a su costa o con alguna subvención del Estado si fuere necesario.

Todos los Municipios de la República, con pocas excepciones, poseen terrenos y lugares apropiados para establecer las citadas Granjas Escuelas, las que resultarían muy económicas si se tiene en cuenta que los alumnos podían ser todos externos por la circunstancia de residir en la localidad o sus proximidades y además porque podían éstos aportar, de estimarse conveniente, muchos de los implementos necesarios para sus prácticas y enseñanza.

ANTONINO GÓMEZ
Secretario de la Administración Municipal

Santo Domingo, set. 14 de 1923.

(*Revista Municipal*, Habana).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica